

VIAJE AL CENTRO DEL HOMBRE

por CARLOS BENEDETTO

En los últimos años se ha ido desarrollando, quizás no voluntaria ni expresamente, una nueva concepción del hombre, según la cual éste no es el ser acabado, ya cristalizado, que nace, crece, se desarrolla y muere en el seno de una cultura y un tiempo histórico restringido. La muerte del positivismo y el auge de los estudios psicológicos, por un lado, como así también la nueva puesta en vigencia de antiguas doctrinas de sabiduría, por otro, han ido delineando un nuevo humanismo a partir del cual el hombre es aún un ser por hacerse. De esta manera, se entiende que los límites dentro de los cuales se desenvuelve la aventura humana, no son definitivos, ni tampoco limitantes. La búsqueda de eso que Chesterton llamó "hombre eterno" se expresa, en esta perspectiva, no sólo en el terreno del pensamiento filosófico, sino también, y esto es quizás lo más importante, en el campo de la práctica científica. Se trata, pues, de buscar al hombre más allá de los condicionamientos impuestos por su entorno; buscar a ese hombre universal no moldeado por su adscripción a una tierra, una época, una cultura, o una doctrina. Esta búsqueda, sin duda, es el capítulo anterior al lanzamiento de ese hombre —ya sin ataduras— a otras dimensiones, a otros mundos, a otras instancias de vida. Sin entrar en terrenos fantásticos, ¿no es acaso el salto al Espacio Exterior un desafío a buscar un hombre nuevo, quizás oculto dentro de su propia apariencia? ¿No es el asalto a antiguas doctrinas de sabiduría un desafío a penetrar en mundos espirituales escondidos por siglos en lo más recóndito del hombre mismo? La "creación del hombre interplanetario", deseo expreso de los responsables del lanzamiento del primer Sputnik, es algo más que un proyecto astronáutico, y es mucho más que un programa científico de una potencia. Es la forma quizás limitada de una búsqueda que se está encarando en distintos planos. "Hombre interplanetario", sí, pero más que eso, hablemos

de "hombre nuevo", "Homo progressivus" (en la línea teilhardiana), o simplemente Hombre. La búsqueda del hombre oculto, verdadero signo de nuestra época, es un compromiso filosófico, una tarea científica, pero fundamentalmente es una exigencia del futuro.

Cuando la ciencia se pregunta cómo va a reaccionar el hombre ante estímulos distintos del medio habitual en que vive, en última instancia está procurando una respuesta a la pregunta de qué es el Hombre, más allá de sus circunstancias. Y este imperativo, más que abstracción metafísica, es de una importancia inestimable por nuestras mentes aún limitadas.

Cuando un científico decide explorar el cerebro, hurgar en nuevos misterios de la vida, está voluntariamente o no, intentando trascender el marco de la realidad humana dada; está, a su manera, respondiendo con su esfuerzo —no siempre exitoso— a un reclamo interior de trascendencia. Está poniendo en práctica la religiosidad que Einstein reclamaba para justificar todo acto de investigación científica. Ese científico no se limita a observar la realidad dada, sino que quiere saber algo sobre la realidad "dable". Y esa aventura tiene sus riesgos pero tiene también su recompensa. El Salto cuántico del conocimiento que resulta de ese esfuerzo, al final del camino, sólo puede apreciarse si nos ubicamos mentalmente en una perspectiva de futuro.

Creo que esta filosofía subyace a las investigaciones que se vienen realizando en los últimos años sobre lo más profundo del hombre. Si bien la Psicología tiene como objetivo conocer más el alma humana para que el hombre sea más feliz en su medio —objetivo loable pero limitado y no siempre logrado— también es cierto que el valor principal de la Psicología está dado en el hecho de preparar al hombre para vivir en otras realidades. Ya no, entonces, una forma de adaptación al medio existente, sino la

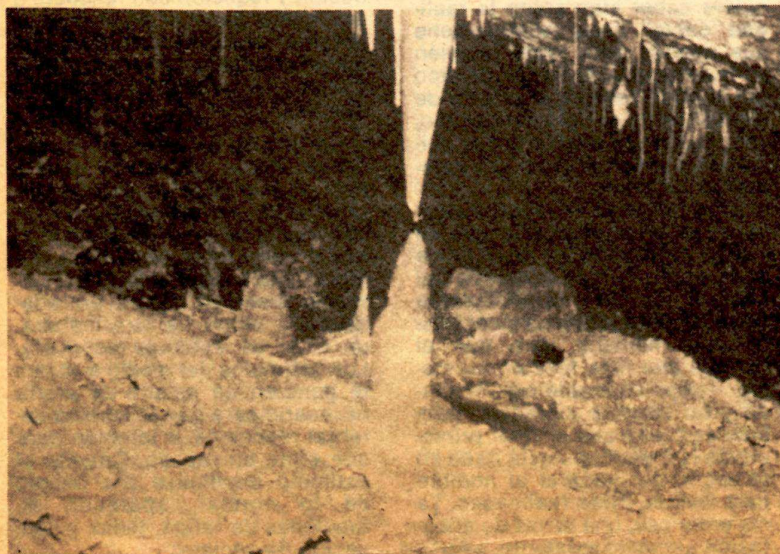
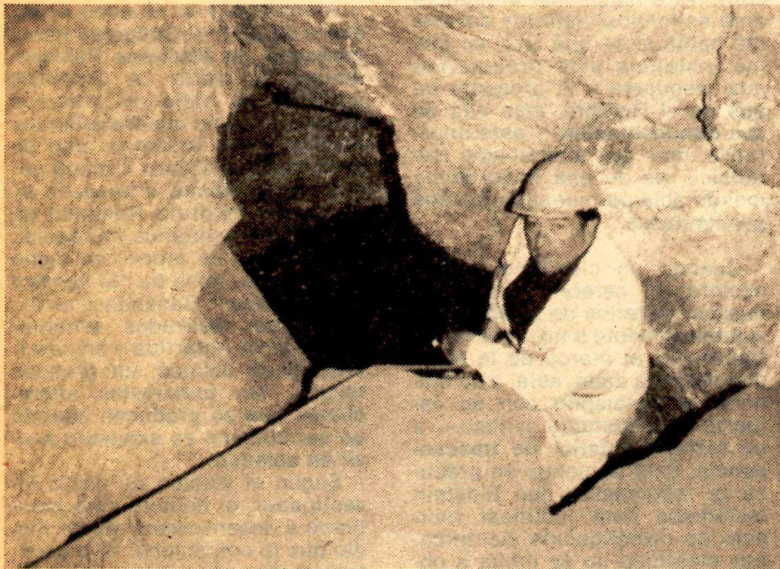
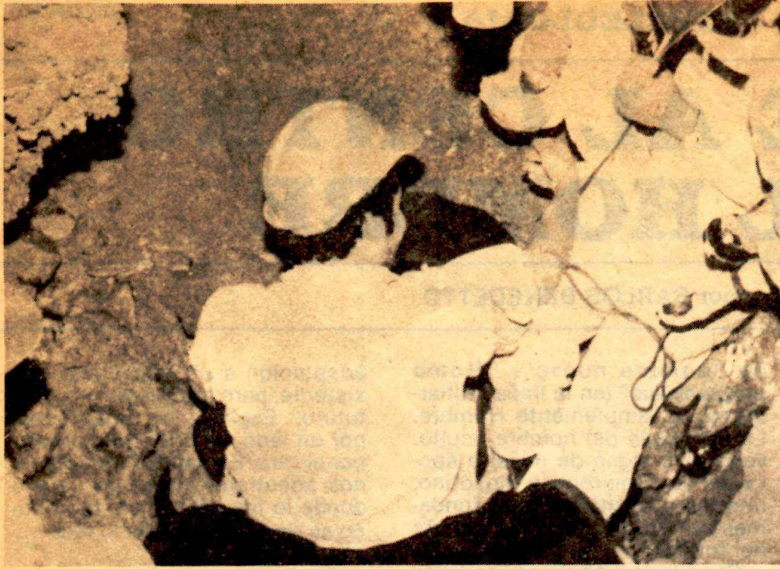
adaptación a un medio aún inexistente, pero real en términos de futuro. Espíritu de adaptación por un lado, espíritu de progreso por el otro. En esta última tónica, nos adentraremos en un mundo donde lo hipotético y lo fantástico se dan la mano con lo real.

EL HOMBRE EN SOLEDAD

Al realizarse en Buenos Aires, enero de 1975, el Congreso Panamericano de Medicina Psicósomática, el diario LA OPINION publicó una serie de artículos sobre los temas que tratarían los científicos allí reunidos. Uno de esos trabajos estuvo firmado por el Dr. David Ibeas, a la sazón director del Instituto Nacional de Medicina Aeronáutica y Espacial. El Dr. Ibeas se refirió, en dicho congreso, al tema de "El hombre en el Espacio". Basándose en experiencias realizadas anteriormente en la Antártida y en cavernas, Ibeas delineó, en grandes rasgos, las principales alteraciones que se producen cuando un ser humano es expuesto a vivir en soledad.

Según el trabajo de dicho investigador, el hombre está habituado a desenvolverse en un medio que lo condiciona. Vive constantemente en un intercambio de acción y reacción con respecto a ese medio. Sacar al hombre de su entorno, desconectarlo de su realidad cotidiana, ocasiona alteraciones de índole intelectual y afectiva.

Un tipo de experimento es conocido como "privación sensorial". El individuo es aislado corporalmente en un recinto donde es privado de todo estímulo sensorial que afecte su corteza cerebral. Esos estímulos, habitualmente, crean un circuito entrada-salida o, dicho de otra manera, un ciclo de estímulo-respuesta. Los estímulos del medio ambiente generan un estado de alerta necesario para que la corteza cerebral reaccione, y también para que entre en reposo. Cuando el estímulo disminuye por debajo de lo normal, aparecen situaciones de fatiga, tedio, y sensación de encierro.



En un artículo publicado por Ibeas en LA OPINION del 3/1/75, se señala que **"la situación del astronauta en su viaje espacial o habitando otros planetas, exige el desarrollo de una técnica que permita una supervisión, comunicación y ayuda permanente de y con el hábitat de vida, es decir, el planeta Tierra"**. Ibeas apuntaba en su trabajo que las exigencias de privación sensorial a que se ve sometido un cosmonauta son muy grandes. El astronauta está alejado de su medio habitual, está aislado sensitivamente, está sometido a la ingravidez, a la pérdida de la noción arriba-abajo, a la modificación en los sonidos y de la luz, a la falta de referencias visuales conocidas, etc.

En nuestro país se han realizado **experimentos de aislar seres humanos en cabinas no iluminadas**, en absoluto silencio y sin comunicación con el exterior. En principio, la separación del sujeto de su medio suele provocar situaciones afectivas que **desembocan en estados de angustia**. En una segunda fase, al equilibrarse las tensiones, el individuo **entra en un estado de "normalidad"**. Luego empiezan a aparecer **ilusiones sensoriales, alucinaciones visuales o auditivas**, aparece el aburrimiento, y la experiencia se da por terminada, si el sujeto así lo pide. Estos experimentos no sobrepasan, habitualmente, **las 8 horas de duración**; su promedio de duración normal es de **3 ó 4 horas**.

Claro que ésta no es la realidad actual de los vuelos espaciales, pero sin duda no carecen de valor como experiencias que adelantan, en alguna medida, alguna realidad futura.

En realidad, el hombre —dicen los científicos— sólo puede ser considerado tal en la medida en que está integrado a su hábitat y a su cultura. Las experiencias de soledad permiten extraer datos para **conocer el comportamiento humano en situaciones límites** —que pueden darse en el espacio—, pero no debemos pensar que la realidad del espacio ha de ser siempre y en su totalidad una realidad límite.

El hombre planea crear colonias en el Espacio Exterior, como así también en el fondo de los mares y en el interior de la Tierra. Ya me referí a ese punto, citando a Manuel Calvo Hernando en **VIAJE AL INTERIOR DE LA TIERRA Y DEL HOMBRE (Cuarta Dimensión N° 85)**. Debemos, obviamente, partir de que el hombre establecerá, en esos nuevos hábitats, comunidades humanas, y no recintos donde vaya a vivir solo. De allí que **adquieran importancia, en este punto, las experiencias de aislamiento de gru-**

pos y no individuos. Sobre este particular, tanto en Europa como en América, se han venido haciendo, en los últimos años, distintas experiencias en el interior de cavernas, con distintos resultados, que no vamos a analizar aquí.

Hasta el momento, las investigaciones parecen estar encaminadas preferentemente, al estudio del hombre en soledad. El aislamiento de comunidades con respecto a comunidades mayores, seguramente ha de ser el próximo capítulo de esta inquietud del mundo científico contemporáneo. Por el momento, los esfuerzos están dirigidos a estudiar al individuo. Sólo conociendo previamente las **reacciones individuales** ante un nuevo medio, podrán preverse las nuevas **reacciones sociales a ese medio**: porque debemos suponer que en un entorno distinto, las relaciones humanas seguramente también serán distintas.

Sin llegar entonces al extremo de lo que significa una "privación sensorial", hay otro andarivel por el que corren los científicos dedicados al estudio del hombre en medios no naturales. Siempre entonces, en el terreno de lo individual, hemos de echar una mirada sobre el llamado "**ritmo circadiano**", que es el tema central de este trabajo, y que sin duda se complementa con lo que hemos acotado sobre la "privación sensorial".

EL RITMO CIRCADIANO

"Circadiano" viene del latín "circa deim", que significa "**alrededor del día**". Algunos toman las sílabas **dia-no** para sostener que la traducción correcta es "alrededor del día y la noche", y de esta manera asimilan ritmo circadiano a "ritmo nictemeral" (del griego nicté —noche— y emera —día—). Por su parte, ritmo es una palabra también de origen griego, que se traduce como "medida de movimiento", "fluir"; se entiende esto como movimiento periódico. El ritmo circadiano es, hoy día, un campo de sumo interés para la ciencia.

Se parte de que **todas las sensaciones del hombre provienen de su condición para detectar las vibraciones del Universo y convertirlas en imágenes.** Los sentidos captan una reducida gama de frecuencias de vibraciones. Por ejemplo, el oído humano sólo convierte en impulsos nerviosos las frecuencias de entre 16 y 16.000 Hertz; el ojo humano no percibe las vibraciones lumínicas ubicadas más allá ni más acá del infrarrojo y el ultravioleta, en los extremos del espectro. La gama de vibraciones existentes en la



naturaleza es infinitamente superior, lo que permite concluir que **el hombre sólo percibe una casi insignificante parte del mundo real**. La mayor parte de la realidad sigue siendo invisible a los ojos humanos, o al menos a los ojos humanos ordinarios; seguimos siendo sordos y ciegos.

Pero el cuerpo tiene sensibilidad ante otras vibraciones, y el hombre no es consciente de ello, al menos no en estado de existencia "normal". **El cuerpo humano posee un "reloj" interno, que se encuentra sincronizado con el ritmo de la Tierra**. Vale decir, es equivalente a nuestro reloj-pulsera, que funciona a su manera mientras tenga cuerda o pila, pero que puede indicar cualquier hora si no lo sincronizamos con la hora oficial del país.

Pues bien, **el ritmo terrestre es de 24 horas** y a ese ritmo se lo llama "circadiano". Es la "hora oficial" dispuesta por la Naturaleza específica de nuestro planeta.

Ahora bien, cuando el ritmo interno del hombre es desconectado de los sincronizadores (cuando no actualizamos la hora de nuestro reloj pulsera con la hora oficial o, lo que es equivalente, cuando un ser humano es aislado del medio ambiente y de los estímulos luz-oscuridad), se observa que ese ritmo se hace más lento. Y esto provoca alteraciones.

El sistema circadiano del hombre, entonces, se identifica con sus sincronizadores ubicados fuera del hombre. Hay sincronización cuando el ciclo circadiano coincide con el ciclo del sincronizador. Cuando un sujeto es sustraído de la influencia de esos sincronizadores, se observan los siguientes fenómenos: a) Persistencia de ciertos ritmos que poseen un sincronizador interno, hasta el momento desconocido por la ciencia; b) Modificación en el período de los ritmos. Se prolongan los períodos de varias funciones, y difieren de las de 24 horas en minutos y a veces en horas; c) Desincronización del ritmo circadiano con respecto a la hora local.

Por lo general, cuando se han hecho experiencias de aislamiento en cavernas, se comprobó que los ritmos sueño-vigilia se desincronizan con respecto a los individuos que permanecían en los campamentos externos. El sujeto podía llegar a dormir de día creyendo que es de noche, y lo mismo ocurría con las actividades diurnas.

Se produce también un cuarto efecto, llamado **"desincronización circadiana interna"**, que es una disimilitud entre sus períodos. Se da, por ejemplo, en la estimación subjetiva del tiempo,

variaciones en la temperatura, ritmos de actividad, etc.

En diversas experiencias espeleológicas realizadas en los últimos 20 años, se comprobó esta alteración en la estimación del tiempo. En 1962, el **espeleólogo Michel Siffre** permaneció internado 58 días, pero él calculó haber estado sólo 33. Cuatro años después, otro espeleólogo, **J.P. Mairetet** permaneció 174 días, pero él los vivió como 86 días. En 1972, **nuevamente Siffre** permaneció 205 días, pero calculó 177.

La estimación del tiempo es un punto importante en este tipo de experimentos, pero no el único. Sin duda, todo aquello que pasa por el alma del hombre cuando es aislado de su medio, merece un capítulo aparte. La alteración de sus relaciones afectivas e intelectuales es de singular interés para la Psicología y la Psiquiatría. Un hombre en soledad pierde, por lo general, noción del tiempo, pero pierde también otras cosas. Y gana otras.

LA EXPERIENCIA DE MICHEL SIFFRE

Michel Siffre es, hoy, uno de los más grandes espeleólogos del mundo. Tiene, entre otros méritos, el de ostentar el **récord de permanencia** en la soledad de una caverna. Luego de varias experiencias llevadas a cabo por él mismo en cavernas europeas, Siffre se sometió, en 1972, a un aislamiento prolongado, experimento controlado directamente por científicos de la NASA y por el Ministerio de Defensa de su país, Francia.

Siffre fue dejado a **150 metros de profundidad**, en la **caverna Midnight, Texas, E.E.U.U.**, en **febrero de 1972**. No podía tener reloj, ni aparato de radio, ni ningún elemento que le permitiera sincronizar su "reloj interior". A esa profundidad, **Siffre tuvo su campamento, con todas las comodidades**, incluyendo equipos para hacer gimnasia, libros, rifles para practicar tiro al blanco, etc. La **temperatura invariable** era de 70 grados Fahrenheit. Disponía de electrodos y sondas, que periódicamente colocaba en la cabeza y el corazón y cuyos "mensajes" transmitía a una computadora ubicada en la superficie, y con los que los médicos medían la actividad cerebral y cardíaca. Un médico de la NASA supervisaba la dieta; la comida le era enviada diariamente, ya preparada. Siffre pudo contar 177 días, que en realidad habían sido 205.

Entre sus vivencias íntimas más importantes, relatadas en su diario personal y publicadas sólo parcialmente, diremos que Siffre advirtió en principio, una **"apertura**

ra de los pensamientos". Experimentaba un gran temor por la acumulación de un polvillo resultante de la deshidratación del guano de una desaparecida colonia de murciélagos. Ese polvillo podía provocarle, él lo sabía, una enfermedad llamada **Hitoplasmosis**.

El día 77 (real, no subjetivo), Siffre anotó en su diario que experimentaba cierta **fragilidad en su memoria**. **El día 86** se advertían fantasías cercanas al **suicidio**. En el **día 156** sintió **pánico**, y definió a "hoy" como "palabra ridícula"; comenzaba a denotar cabellos grises en su barba. Al salir contó que había sufrido un **alteramiento de sus procesos mentales y en su destreza manual**. Con posterioridad a la experiencia declaró haber sufrido lagunas de memoria, **debilitamiento de su vista** y "heridas psicológicas". **Aún después de 3 meses de terminado el experimento, no podía enhebrar cuentas, y no se acordaba de casi nada de lo que había vivido allí abajo**.

Pero quizás lo más importante resulta de la comparación de ciertas **actitudes con respecto a algunos "compañeros" de aislamiento**. En los primeros meses de soledad, Siffre se dedicó a exterminar sistemáticamente a una colonia de **ratas merodeadoras**. Fue tal su empeño, que pudo deshacerse de hasta el último ejemplar de esa colonia, y se quedó tranquilo. Pero la soledad haría efecto sobre su mente. El día 162 se excitó al descubrir que estaba siendo **visitado por un ratón**, y ya no quiso matarlo. Durante varios días se esforzó por atrapar vivo para tenerlo de compañero. Estudió al ratón, le puso un nombre, le puso trampas, le dejaba comida a diario. El día 168 atrapó al ratón y **terminó su aislamiento acompañado**. El odio por los roedores había cedido paso a la necesidad de estar en compañía de otros seres vivos.

Al salir a la superficie, Siffre expresó su alegría de volver a estar en contacto con seres humanos, y **respondió con un "no" cuando se le preguntó si volvería a repetir el experimento**.

Sin duda, lo más importante que tiene la soledad es que durante ella uno aprende a querer más a sus semejantes. Algo sobre esto expreso por separado en estas mismas páginas. Parece ser que el hombre es impensable desligado de los demás hombres. A esto podrá preguntarse si es indispensable ir al fondo de la tierra para darse uno cuenta de ello. En realidad, no es indispensable, pero sí es seguro que **una experiencia de soledad lo devuelve a uno transformado al mundo de la superficie**. Uno vuelve a vivir

con los demás, pero de manera distinta. Esto es difícil de explicar. Quizás nunca haya las palabras suficientes para expresarlo, pero es así.

EN LA ARGENTINA

Las investigaciones espaciales en los países del hemisferio Norte —nos referimos, obviamente, a las potencias— se dan en una magnitud muy superior en cantidad y calidad a la nuestra. Lo mismo ocurre con la Espeleología. Mientras que en algunos países europeos el "alpinismo al revés" es un deporte de fin de semana, en Sudamérica, y concretamente en nuestro país, su práctica requiere el montado de verdaderas expediciones. Aquí tenemos que salvar los problemas de largas distancias entre las ciudades y los sitios de montaña con mantos de calcita. Es así que los estudios científicos en las ramas que hemos delimitado en párrafos anteriores, tienen en nuestro país las características de cuando menos "cosa difícil". Siffré contó con un impresionante apoyo logístico y monetario por parte de los gobiernos norteamericano y francés, y con la seguridad de que los resultados de su experimento serían utilizados en lo inmediato. **E.E.U.U. necesita los datos brindados** por este tipo de experimentos para su programa espacial, pero la Argentina aún está en pañales con respecto a ese punto. El apoyo, los recursos, la aplicabilidad inmediata o mediata, son factores de indiscutible valor para alentar o desalentar este tipo de experiencias.

Aún a pesar de esta corriente en contra —ya veremos que aún así hubo apoyo oficial en las experiencias argentinas de aislamiento subterráneo—, el **Centro Argentino de Espeleología decidió encarar, a principios de la década del 70, una serie de experimentos en la misma línea de la serie de internaciones en soledad de otros países.** El doble valor de las experiencias realizadas en el país radica en que se trabajó con recursos sumamente limitados para un proyecto aún no aplicable, sino circunscripto a la llamada "ciencia básica". Este doble valor es indiscutible mérito de Julio Goyén Aguado, fundador y actual presidente del C.A.E. Acostumbrado a remar contra la corriente, Goyén Aguado, haciendo gala de su más pura sangre vasca, no sólo fundó el C.A.E. en 1970, sino que al poco tiempo concibió la idea de iniciar en el país una serie de experiencias de aislamiento subterráneo.

Sobre esto último logró reunir, hacia 1974, un grupo de gente que llevaría a cabo, en ese año, la

primera experiencia de internamiento subterráneo del país. Goyén Aguado reunió en torno a sí al doctor en química Alfredo Romanelli, al doctor Reynaldo Van Domselaar, funcionario de la Presidencia de la Nación, al Sr. Enrique Riso, también funcionario del P.E., al Sr. Ernesto Quintano y al estudiante de Física Flavio Riverti. A ellos se sumó el resto de la gente que ya venía trabajando en el CAE desde antes incluso de su fundación formal, y **concretaron la experiencia, en la caverna de Las Brujas, Mendoza, en setiembre de 1974.** Flavio, el internado, estuvo aislado durante 5 días a 150 metros de profundidad en una sala de esa caverna, aislado del mundo y sin elementos que le permitieran medir el tiempo.

En esa oportunidad, el C.A.E. contó con el apoyo de la Presidencia, que facilitó el avión Tango 02 para el traslado hasta Malargüe de personal y equipos, como así también GENDARMERIA NACIONAL a través de su escuadrón 29-Malargüe. Fue por entonces que también se incorporó, como asesor psiquiátrico, el ahora comandante médico Carlos Collazo, que supervisó la experiencia desde su especialidad. Collazo es hoy miembro activo del C.A.E., y uno de los responsables directos de la internación llevada a cabo en 1981, a la que nos referiremos más adelante.

Flavio sufrió la visita del bioquímico tres veces por día, que descendía hasta su habitáculo a extraerle sangre. Tanto la sangre como las muestras de ori-

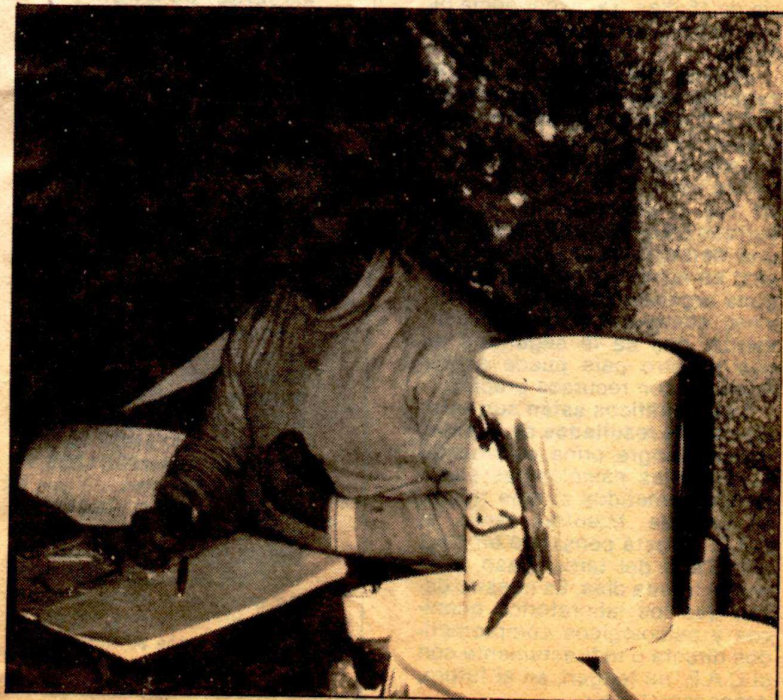
na eran llevadas diariamente a Malargüe —distante 80 kilómetros de la caverna— en vehículos de Gendarmería. En el Hospital de esa ciudad se realizaban, así, a diario, los análisis correspondientes.

Flavio informó haber tenido una gran actividad psicológica durante su aislamiento. Debido a su actividad por demás metódica y disciplinada pudo calcular el transcurso de los 5 días, aunque en ese período produjo varios desfasajes de tiempo.

La de 1974 fue el primer peldaño de una escalera que aún no fue subida del todo. A los 21 años, Flavio Riverti había sido el primer argentino sometido a la soledad y el frío de una caverna.

Pero los métodos fueron incipientes. Se trató de un ensayo hecho sin la infraestructura que poseían otros países; fue, como toda acción precursora, la patriada de un grupo de personas alentadas principalmente por el deseo de trazar un camino. Los años siguientes sirvieron para depurar la metodología, para pensar en nuevas líneas de investigación y para que el segundo paso fuese dado más en firme.

Así, **se fueron sumando al proyecto otros profesionales.** Collazo ahora no como asesor, sino como jefe de un equipo psiquiátrico, secundado por los psicólogos Marta Gerpe y Jorge Corsi. El Comandante Sebastián Frías (Gendarmería Nacional) como doctor en bioquímica responsable de los dosajes en orina y sangre. El Dr. Oscar Müller y Mar-



tín Abarrategui (ambos médicos) formaron, junto a Carlos Collazo, el grupo de médicos que supervisaron el experimento.

Los análisis clínicos y psiquiátricos previos (electros, análisis de sangre y orina, test psicológicos) se llevaron a cabo en el Comando de Sanidad de Gendarmería, en Buenos Aires. En Malargüe, Gendarmería puso a disposición del grupo vehículos para el traslado a la caverna, y alojamiento durante los días posteriores al experimento. Por su parte, la Fuerza Aérea aseguró el traslado a Malargüe ida y vuelta, poniendo a nuestra disponibilidad un avión Guarani.

A esto debemos sumar el trabajo de quienes no viajaron a la caverna: Flavio Riverti y el Ing. Quereillac, que colaboraron con el equipo de comunicaciones internas (las salas de internamiento y el campamento base estaban conectadas por sendas líneas telefónicas).

El resto de los miembros participantes de la expedición fueron Jorge Pisano (comunicaciones), Gustavo Dejean (responsable de salvataje), Gustavo Cavallo (redactor del diario de la expedición), el Lic. Eduardo Vigo, el estudiante Aníbal Pardo, y los inter-nados, Juan Carlos Milillo y el suscripto. Goyén Aguado fue el jefe de la expedición.

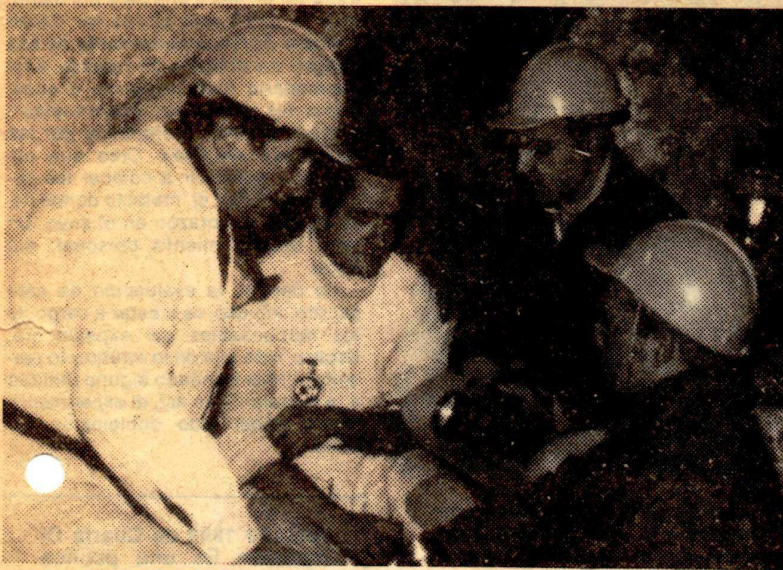
La experiencia venía siendo preparada desde tiempo atrás. Ya en el N° 85 de C.D. hice referencia a la experiencia piloto de **6 horas llevada a cabo en Semana Santa de 1980**, que sirvió de trampolín inmediato a esta experiencia de 15 días. Tal experiencia piloto estuvo fiscalizada por el Dr. Müller.

Abril de 1981 fue, entonces, el segundo paso de un camino que el C.A.E. decidió andar con estilo propio. Teniendo como norte las experiencias realizadas en otras partes del mundo, nuestro objetivo fue y sigue siendo el desarrollo de una investigación con una metodología propia. No intervinó en nuestra experiencia, ninguna organización internacional, y eso, sumado al éxito del experimento, nos da la seguridad de que nuestro país puede seguir adelante con recursos propios.

Los científicos están aún estudiando los resultados de la experiencia: sangre, orina, escritos de experiencias psicológicas están siendo sometidos al más riguroso análisis. Mientras tanto, el C.A.E. ya está pensando en 1982 como año del tercer paso, esta vez de treinta días. Es nuestro deseo que los laboratorios químicos y psicológicos comprometidos directa o indirectamente con el C.A.E. no tengan, en el futuro, descanso alguno.

15 DIAS DE SOLEDAD

por CARLOS BENEDETTO



Relatar una experiencia de este tipo desde una óptica personal es sumamente difícil. En primer lugar, porque lo que de ella puede interesar a los lectores tiene más que ver con las conclusiones científicas que con las vivencias personales. Estas últimas son íntimas, intransferibles, y difícilmente puedan ser tomadas como parámetros para algo. Lo que la experiencia personal pueda haber aportado a la ciencia, eso corre por cuenta de los investigadores profesionales que intervinieron, no de uno de los conejillos de Indias. En segundo lugar, lo más importante que pude conseguir de mí mismo durante esos quince días forma parte de mi ser interior, en tan grande medida, que se ha vuelto ininteligible transmitir la magnitud de lo aprendido. En este sentido, he de ser fiel al respeto que suelo guardar por toda intimidad, comenzando por la mía propia.

No obstante, creo que hay vivencias que sí podría transmitir, salvando esa intimidad, y al mismo tiempo brindando, a quienes tengan interés, el material que de ellas puede desprenderse. A mitad de camino entre lo estrictamente científico, que no me compete, y lo íntimo, que me compete en extremo y en exclusividad, el siguiente informe es un resumen que, con las salvedades señaladas, guarda estricta fidelidad a los hechos tal como se dieron.

Pude sobrellevar la experiencia con entera calma. Quizás por mi temperamento, proclive a la introspección y la introversión, puedo decir que la viví con un máximo de naturalidad. Lógicamente, hay que tener en claro que yo estaba solo físicamente; no podía hablar con nadie, ni ver a mis amigos, pero sentía en mí la sen-

sación, ya no física, sino espiritual, de no estar solo. Tenía la certeza de que, aún no pudiéndolos ver ni oír, mis amigos estaban cuidando por mí en el campamento base. Allí estaban preparados para salvar cualquier accidente, para traerme provisiones durante mi sueño, si éstas se me agotaban, y para controlar a la distancia mi estado físico (pulso, respiración, dieta, actividades). Por otra parte, hay un elemento que permite afrontar la Soledad en estas experiencias, o al menos en la mía: el saber que uno está, en el fondo, sirviendo a un proyecto en el que está comprometido todo un grupo, toda una entidad, como es el C.A.E. y distintas autoridades nacionales, civiles y militares, que confiaron en nosotros. Esa presencia es intangible, pero existe, y en estado de soledad tiene su peso.

Juan Carlos Milillo y yo estábamos incomunicados entre nosotros, ubicados en salas distintas, ambas a 150 metros de profundidad, en lugares a donde no llegan nunca los rayos del Sol, ni el más mínimo sonido externo. Ninguno de los dos podía tener relojes, ni radio, ni ningún elemento que nos permitiera medir el tiempo. Eso tenía un fin: quitar al organismo el contacto con los sincronizadores externos que rigen el llamado ciclo circadiano, y ver cómo se las ingenian el cuerpo y la mente, para organizar ciclos propios. Las distintas reacciones de los espeleólogos que en los últimos años se sometieron a este experimento son variadas, de acuerdo con las distintas estructuras mentales. En general, se ha observado una gran variación en la estimación del tiempo. Por ejemplo, en 1972 Michel Siffre permaneció 205 días, pero él había calculado 177. Este fe-

nómeno se produce, no sólo cuando la experiencia es prolongada, sino también cuando el sujeto posee determinadas características físicas y mentales.

En mi caso personal, no tuve inconvenientes con la medición del tiempo. La experiencia fue de sólo 15 días, pero a eso se suma que habitualmente soy una persona metódica, hasta llegar a veces a la obsesión. Sobre esto creo que la opinión del equipo psiquiátrico tiene más valor que la mía propia.

Lo cierto es que no me preocupé por el tiempo. Podría resumir mi actitud sobre el tiempo de esta manera: dormía cuando tenía sueño y cuando me despertaba iniciaba mi día. No tenía sueño porque era de noche (allí siempre es de noche), sino que para mí era de noche porque sentía sueño. No obedecía a estímulos externos, como las variaciones luz-oscuridad, sino a mis propios ritmos interiores. Cerca de la finalización de la experiencia, comencé a sentir que ya no me interesaba el tiempo. Los médicos me habían dado instrucciones en el sentido de que yo debía, diariamente al levantarme y al acostarme, comunicar por el teléfono la hora subjetiva y el día subjetivo en que creía estar viviendo. Recuerdo haberle dicho a Müller algo así: "te paso la hora porque ustedes me lo piden, pero sinceramente no tengo ganas de hacerlo; el tiempo ya no me importa, es un invento humano". Mientras avanzaba el tiempo, yo iba sintiendo que este no contaba para mí. Si tenía hambre comía y si tenía sueño, dormía. Llegué a sentir que el tiempo era un estorbo, un invento más del hombre para encerrarse en sí mismo. En la soledad, yo me sentía lejos de esa civilización, fuera de ella, al margen de la cultura. En algún momento tuve la intuición de estar viviendo en un vientre. Viví la caverna como un ámbito de protección, de seguridad, de desligamiento con respecto a los valores culturales. Llegué a sentir que no por nada las antiguas mitologías veían a la Tierra como una Gran Madre. Yo estaba otra vez dentro de esa Gran Madre. Incluso fue el haber soñado con mi madre —creo que el quinto día— lo que me hizo sentir más fuerte, luego de los primeros días de inseguridad. La imagen de mi madre, por así decirlo, me permitió ponerme a tono con esa gran Madre que era la Tierra, y comencé a sentir, de pronto, que ése era mi nuevo ambiente natural.

Y en esa circunstancia sentí paz. Sin estímulos de ningún tipo, empezaron a aflorar mis sueños, y no les temí. Sentí que se debilitaba paulatinamente la barrera entre el sueño y la vigilia, entre mi consciente y mi inconsciente. Tuve una enorme actividad onírica y me pasaba gran parte de mis días haciendo libres asociaciones sobre mis sueños nocturnos. En varias oportunidades decidí soñar algo por la noche, y mi incons-

que al fin de cuentas nunca
híjase cuál era (abril 1983)



En el pequeño habitáculo a 150 metros de profundidad, Benedetto es revisado por los profesionales, minutos antes de ser llevado a la superficie, tras quince días de aislamiento. De izquierda a derecha: Sebastián Frías (bioquímico), Carlos Collazo (médico psiquiatra), Carlos Benedetto y Oscar Müller (médico).

ciente obedecía. Fue algo así como un **aumento de mi capacidad de auto-sugestión.**

No hubo alucinaciones de ningún tipo. Yo sentía que mis sueños se continuaban en la vigilia, pero ésta no era de inconsciencia, sino más bien de **hiperlucidez. Eso me permitió saber mucho de mí mismo.** Realmente creo que todos tenemos un mundo enorme escondido bajo nuestras caparazones mentales, y esta experiencia me permitió saber mucho sobre aquello que se esconde debajo de mi caparazón personal. **Y digo "saber mucho", no "saber todo".** Creo que esto recién comienza.

Pero, volviendo a la cuestión del tiempo, no entiendo por qué mi despreocupación sobre el punto me permitió, no obstante, **hacer un cálculo exacto al cabo de 15 días.** Generalmente yo me iba a acostar creyendo que eran las 9 de la noche, y en realidad eran las 5 ó 6 de la tarde. Luego "recuperaba" tiempo durante el sueño, y al despertarme yo calculaba que eran las 8 de la mañana, y efectivamente era esa hora (eso lo supe, obviamente, al terminar la experiencia). Al día 14, tenía calculado el tiempo, sin esfuerzo y sin ganas siquiera, casi al minuto. **Sólo el día 15 se produjo un desfase de 6 horas.** Ese día, ansioso por saber que vendrían a buscarme para llevarme de vuelta a la superficie, me desperté 6 horas antes de lo habitual. Personalmente, adjudico esto a mi estado de ansiedad. Al cabo de 15 días quería volver a ver a mis amigos, volver a Buenos Aires, reencontrarme con mi mujer, mis hijos... y mi madre.

Me preguntaron muchas veces cómo organizaba mis días. La pregunta

es inevitable. ¿Cómo vive un hombre solo en un ambiente de 3 metros por 2, con 5 grados invariables de temperatura y 99% de humedad, también invariable, en noche eterna? Pues bien, moverse a gusto en ese hábitat requiere un **periodo de acostumbramiento** que para mí no fue superior a cuatro días. Es sólo cuestión de **autoimponerse una disciplina,** evitando que ésta haga violencia con la propia comodidad y los deseos.

Cuando me despertaba llamaba al campamento para transmitir mi temperatura basal, pulso, respiración y cálculo subjetivo de día y hora. Luego **hacía gimnasia, desayunaba y pintaba unas máscaras** por indicación del equipo psiquiátrico, que luego las estudiarían en Buenos Aires. Después **escribía en mi diario personal todos mis sueños,** impresiones y sensaciones, y **almorzaba.** Mis comidas, preparadas obviamente por mí mismo (tenía una provisión de comida fresca para los 15 días), **eran pantagruélicas.** Hay que tener presente que, a pesar de mi inactividad física, debía **luchar contra el frío** (que llegó a molestarme varias veces), y para eso debía estar, fundamentalmente, bien alimentado. Por la tarde, **mi actividad era enteramente intelectual: leía o escribía, o escuchaba música en el pasa-cassette,** hasta sentirme cansado. Cuando estaba cansado cenaba, llamaba al campamento a pasar el parte diario, y me iba a dormir.

• **¿Qué obtuve en lo personal con mi experiencia?** Tal vez el respeto a mi intimidad, a la que me referí al principio, me impide dar detalles, pero puedo dar una idea central: el afloramiento espontáneo y no controlado de mi interior me hizo **revalorar cosas**

y personas que tenía relegadas en mi mente y mi corazón. La aparición de **mi madre** como ser que vino en sueños a insuflarme fuerzas me permitió ver en ella a una persona distinta a la que había creído ver desde siempre. **El reacomodamiento de esa imagen me obligó, a mi regreso, a reacomodarlo todo:** comencé a cuestionar mis amistades "intelectuales"; empecé a **sentir preferencia por las relaciones afectivas.** Creo que comencé a aprender a colocar las cosas en su lugar: el intelecto donde debe estar y el corazón en el suyo. Un gran descubrimiento personal, sin duda.

Lo demás, la evaluación de este escrito, incluso, va a estar a cargo de los responsables del experimento. Espero, más allá de lo íntimo y lo personal, haber brindado alguna utilidad a la ciencia. Si es así, el experimento puede haber sido doblemente valioso.

Quince días de soledad en el

ORGANIZADA POR EL CENTRO ARGENTINO DE ESPELEOLOGIA. ENTRE EL 16 DE ABRIL Y EL 2 DE MAYO ÚLTIMO, SE LLEVO A CABO EN NUESTRO PAIS, LA SEGUNDA EXPERIENCIA DE INTERNACION DE SERES HUMANOS EN LAS PROFUNDIDADES DE UNA CAVERNA. LA PRUEBA, QUE TENIA POR OBJETO CONTINUAR LOS ESTUDIOS INICIADOS EN 1974 SOBRE LAS REACCIONES FISICAS Y PSIQUICAS DEL HOMBRE SOMETIDO A CONDICIONES DE RIGUROSO AISLAMIENTO, SE REALIZO EN EL INTERIOR DE LA "CAVERNA DE LAS BRUJAS", UNA FORMACION NATURAL ENCLAVADA EN PLENA CORDILLERA DE LOS ANDES, A 450 KILOMETEROS DE LA CIUDAD DE MENDOZA. EL EXPERIMENTO FUE POSIBLE MERCED A LA PARTICIPACION DE DOS VOLUNTARIOS, UNO DE LOS CUALES, EL SEÑOR CARLOS BENEDETTO, REDACTOR DE TEMAS CIENTIFICOS DE BANCARIOS DEL PROVINCIA, PERMANECIO QUINCE DIAS EN EL INTERIOR DE LA MISMA, A 150 METROS DE PROFUNDIDAD, SOMETIDO A UNA TEMPERATURA DE 5º CENTIGRADOS Y A UNA HUMEDAD AMBIENTE DEL 100 POR CIENTO. LA EXITOSA CULMINACION DEL ENSAYO PERMITIRA EXTRAER CONCLUSIONES DE INDUDABLE VALOR CIENTIFICO QUE, EN UN FUTURO PROXIMO, PODRAN APLICARSE EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD. LO QUE SIGUE ES UNA SINTESIS DE LO QUE CARLOS BENEDETTO NOS CONTO AL REGRESO DE SU FASCINANTE EXPERIENCIA



Benedetto regresa a la superficie tras quince días de aislamiento subterráneo en una caverna situada a 150 metros de profundidad en plena Cordillera de los Andes

—Benedetto, ¿podrías explicar resumidamente en qué consiste una experiencia de aislamiento subterráneo?

—Se busca estudiar las reacciones psicofísicas del hombre en la soledad de una caverna. Este tipo de experiencias fue iniciado hace algunos años por el Instituto Francés de Espeleología, con el fin de observar los verdaderos alcances de relatos de personas que por accidentes o circunstancias fortuitas habían sido obligadas a vivir en la profundidad de la tierra. El método científico imponía experimentar con esas vivencias, reproduciendo circunstancias físicas del aislamiento. En 1974, el Centro Argentino de Espeleología (C.A.E.), al cual pertenezco, comenzó a hacer investigaciones similares. En septiembre de ese año, Flavio Riverti, compañero de aventuras subterráneas aún hoy, se sometió a una experiencia de aislamiento durante cinco días en la Caverna de Las Brujas,

Mendoza. En 1981 el C.A.E. decidió aislar a dos voluntarios, en galerías distintas, no comunicadas entre sí, en la misma Caverna de Las Brujas. Esos voluntarios fuimos Juan Carlos Milillo y yo.

—¿Cuál es el tiempo máximo que un hombre ha estado sólo en una caverna?

—En lo que a experimentos científicos respecta, el "récord" lo tiene un francés, el espeleólogo Michel Siffre, quien llevó a cabo varias experiencias sucesivas, hasta culminar en una internación de 205 días en una caverna de Texas, EE.UU. Ese trabajo estuvo auspiciado por la N.A.S.A.

—Eso quiere decir que las investigaciones en ese terreno tienen interés para las actividades espaciales...

—Mucho más de lo que se piensa. Tengamos en cuenta que, según algunos futurólogos, a partir del siglo XXI el hombre deberá pensar en nuevos hábitos para resolver el problema del espa-

(Buenos Aires)
Revista

MAYO 1981

vientre de la madre tierra



En la redacción de BANCARIOS DEL PROVINCIA, Benedetto cuenta su experiencia: "Realmente — dice — gocé de la soledad como nunca lo hubiera imaginado. Tuve muy pocos momentos de depresión o de euforia y, en general, puedo decir que la sensación prevaleciente fue de una intensísima paz interior"

cio vital. Hasta ahora, esos posibles hábitats son el espacio exterior, el fondo de los mares y el interior de la tierra. En los tres ámbitos está investigando intensamente la Ciencia, enfrentando problemas parecidos. Se sabe que muchas de las reacciones del hombre sometido a aislamiento son similares, en los tres ámbitos señalados. El interés por estudiar ese comportamiento en soledad, radica en la futura utilización de los conocimientos así adquiridos en cualquiera de las tres variantes.

...—Pero, entonces, la utilidad del experimento no es inmediata

—En general, no. A excepción de las enseñanzas que del experimento pueda sacar la Psicología para conocer más al hombre (de lo cual se beneficiarán en lo inmediato no sólo los psiquiatras, sino fundamentalmente sus pacientes), la utilidad del mismo es mediata. La ciencia se divide en **investigación básica e investigación aplicada**. Una experiencia de aislamiento subterráneo permite obtener información **básica**. Por así decirlo, permite la acumulación de conocimientos teóricos, quizás no aprovechables ahora, pero sí en el futuro. Por ejemplo, si la Argentina algún día se lanzara a la carrera espacial, seguramente lo que el Centro de Espeleología está haciendo, **habrá de ser considerado como labor pionera**; nuestra tarea ha de tener, en ese futuro, una utilización concreta. De

ciencia-base, nuestro trabajo podrá convertirse en ciencia-aplicada. Por otra parte, si pensamos en la creciente universalización de los conocimientos científicos, nuestra tarea puede llegar a tener el valor de coadyuvar al buen desenvolvimiento de estas ramas de la ciencia futura, en otros países. Es de indudable valor el **que la Argentina tenga sus propias experiencias en ese sentido**. Un desarrollo científico independiente garantizará, sin duda, una mejor ubicación del país en el "espectro mundial del saber metódico", por llamarlo de alguna manera.

—¿Contaron con algún apoyo oficial para esta experiencia?

—La Fuerza Aérea nos dio aviones para transportar personal y equipos hasta Malargüe, ida y vuelta. Y Gendarmería Nacional, por intermedio del Escuadrón 29-Malargüe, nos facilitó camiones, equipos de radio, bolsas de dormir, y todo tipo de apoyo logístico. Pero, fundamentalmente, no dio un incondicional apoyo espiritual; esto es, quizás, lo que más vale desde el punto de vista humano.

—Sería interesante que hablés más o menos detalladamente sobre la internación en sí misma . . .

—Es la segunda prueba de una serie que, según nuestras intenciones, deberá finalizar con una experiencia de 6 meses de aislamiento, aún no sabemos

cuándo. Los proyectos intermedios ya están en carpeta y en tren de ejecución. Sobre esta prueba en sí podría decir que intervinieron una importante cantidad de profesionales: Oscar Müller, Martín Abarrategui y Carlos Collazo, médicos, este último psiquiatra, asistido a su vez por los licenciados en Psicología Jorge Corsi y Marta Gerpe; el bioquímico Sebastián Frías; y el geólogo Eduardo Zappettini. A este grupo de profesionales se sumó el trabajo de un equipo de espeleólogos de una gran capacidad: Jorge Pisano, Eduardo Vigo, Anibal Pardo, Gustavo Cavallo, Gustavo Dejean y Eduardo Montivero. Todos, equipo científico y equipo logístico, bajo la dirección de Julio Goyén Aguado, presidente (y fundador) del C.A.E. Debo incluir, también, a aquellos miembros del C.A.E. que colaboraron sin participar físicamente de la expedición, no sólo en los trabajos previos, sino con sugerencias, dinero o equipos: el ingeniero Quereñil, el mismo Flavio Riverti, y otros.

—¿Y los internados?

—Juan Carlos Milillo y yo. Parece mentira, pero toda esa infraestructura y todos esos amigos trabajando, estuvieron allí, a la entrada de la caverna, física o espiritualmente, para servirnos a nosotros y asegurar el éxito. En algún momento llegué a sentir que semejante movilización me ubicaba en el centro del universo, o algo así. Juan Carlos sintió

algo parecido. Realmente, es imposible no sentir gratitud hacia los amigos que trabajaron tanto para que todo saliera bien.

—¿Los dos permanecieron 15 días bajo tierra?

—Eso era lo previsto al principio. Pero por razones estrictamente científicas que no me compete revelar, Juan Carlos salió de la caverna antes del cumplimiento de ese período. Yo seguí hasta el final.

—Pero, ¿podrías al menos decir algo sobre ese punto?

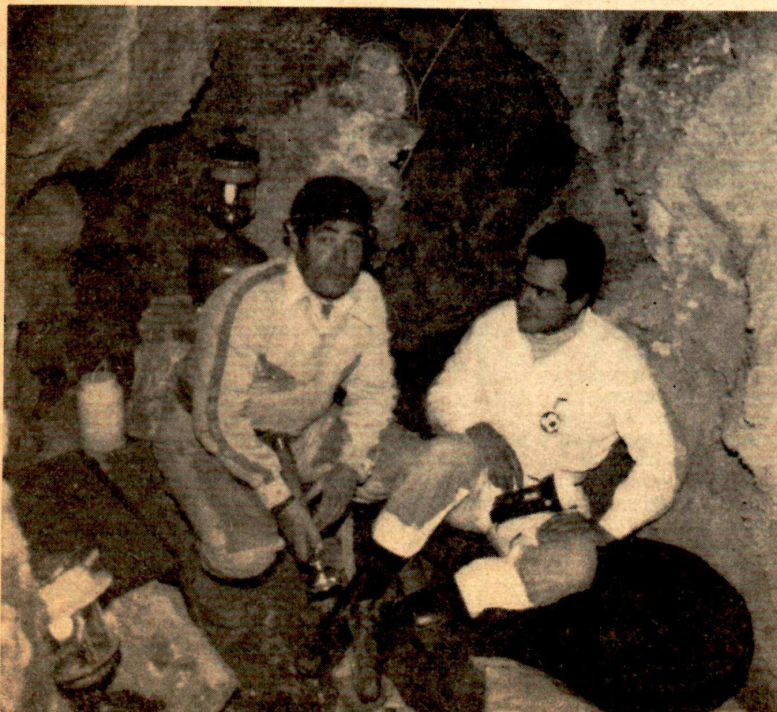
—Juan Carlos y yo tenemos formas distintas de ser, y nuestras reacciones fueron diferentes, ambas útiles por igual a la ciencia. Pero la prosecución del experimento por parte de él le hubiera traído dificultades. Algo que me disgustó mucho fue el tratamiento que algunos diarios dieron al hecho en los primeros días. Esa información de prensa me nombraba sólo a mí, como si se hubiese tratado de un triunfo deportivo personal. La experiencia fue mucho más que eso. Fue el éxito del esfuerzo de todo un grupo humano. La información que la experiencia de Juan Carlos dio a la ciencia fue tanto o más valiosa que la que di yo. Sin embargo, la prensa reparó sólo en la faz sensacionalista. Creo que es un buen ejemplo de ese "exitismo" del que adolecemos los argentinos, y del cual cierto periodismo saca tajada. La experiencia fue un logro del C.A.E. como institución, y los dos voluntarios fuimos sólo soldados de un ejército, que, por así decirlo, ganó una batalla, en la que el desempeño de un artillero fue tan decisivo como el de un fusilero. Los compañeros que en la base del campamento hacían guardia por si necesitábamos algo, han tenido tanto o más mérito que nosotros, pero en eso la prensa no se fija.



El abrazo del reencuentro, al terminar la experiencia. Juan Carlos Milillo (de frente) y Benedetto

—¿Juan Carlos y vos estaban comunicados entre sí?

—No. Se trató de dos experiencias similares, pero separadas; la intención era medir las reacciones de dos personalidades distintas, en circunstancias pare-



En el pequeño recinto de la internación, el presidente del C.A.E., Julio Goyén Aguado (izq.), junto a Benedetto

cidas. Por igual estábamos recluidos en recintos muy pequeños (3 metros por 2), a 150 metros de profundidad, en lugares a donde no llega ni el más mínimo sonido externo, ni el más insignificante rayo de luz natural. No podíamos tener relojes, ni radio; sólo un teléfono para informar diariamente a los médicos nuestra temperatura basal, nuestro pulso, el ritmo respiratorio, y nuestra estimación diaria del paso del tiempo.

—¿Cómo hacían para calcular el tiempo?

—Personalmente, no me preocupé del tiempo. Podría resumir mi actitud sobre el tema de la siguiente manera: cuando tenía sueño, me iba a dormir, y cuando me despertaba y no podía conciliar nuevamente el sueño, me levantaba. Yo no tenía sueño porque era de noche porque sentía sueño. No obedecía los habituales estímulos de luz-oscuridad, sino a mi propio ritmo corporal y mental. Llegó un momento en que me hubiese dado lo mismo calcular el tiempo que no hacerlo. Estaba, empero, obligado a ello, porque ésa era la consigna de los médicos. Las reglas de juego eran que yo debía diariamente al levantarme y al acostarme, decir por el teléfono la hora subjetiva y el día subjetivo en que yo creía estar viviendo. Si por mí hubiese sido, no habría comunicado nada.

—Eso quiere decir que, llegado un momento, uno se sumerge en una especie de atemporalidad...

—Al menos en mi caso personal, sí. Me sentí viviendo en una dimensión donde el tiempo no contaba. Si tenía hambre comía y si tenía sueño dormía. Llegué a sentir que el tiempo era un invento de la civilización, y que yo estaba fuera de ella, lejos de todo hombre, lejos de la cultura y la sociedad. El tiempo no importaba. Era algo así como repetir la vida intrauterina. En realidad, no es una aseveración caprichosa. Después de todo, estaba en el vientre de la Madre Tierra. Seguramente (esto lo dirán los psicólogos cuando finalicen su evaluación) la experiencia permite homologar las impresiones psíquicas del feto cuando vive en el interior de su madre.

—¿Te sentías bien en esa situación?

—Sí, en todo momento. Yo sentía como si se hiciera más sutil, menos nítida, la barrera entre el sueño y la vigilia, entre el consciente y el inconsciente. Tuve una enorme actividad onírica y me pasaba gran parte del día haciendo libres asociaciones sobre mis sueños. En varias oportunidades decidía soñar algo por la noche, y mi inconsciente obedecía. Algo así como un aumento en la capacidad de autosugestión.

—¿Podríamos hablar de estado de inconsciencia constante, o alucinaciones, o algo así?

—No. Algo más complicado. No tuve alucinaciones de ningún tipo. Y mi estado no era de inconsciencia, sino de hiperlucidez. Al no tener estímulos ni presiones externas, mis pensamientos y fantasías afloraban libremente, y yo sentía que convivía sin miedos con los contenidos de mis sueños. Los podía manejar a gusto, sin temores, sin cánones impuestos por la convivencia con otros, sino sólo por mí. Más que estado de adormecimiento, diría que mi inconsciente y mi consciente tendían a ser una

sola cosa, pero este último prevalecía, y la sensación era de libertad interior, o algo semejante. Eso me dio mucha paz, porque sentía con fuerza que progresaba hacia un mayor autoconocimiento y unidad de mí mismo. Al salir a la superficie le dije en broma a Collazo (el psiquiatra) que toda psicoterapia debería contemplar la realización de experiencias de este tipo.

—¿No te molestó, entonces, la soledad?

—Todo lo contrario. Gocé de ella. Tuve muy pocos momentos de depresión y de euforia, pero en general la sensación prevaleciente fue de una intensísima paz interior.

—Volvamos a la cuestión del tiempo. Se supone que al desaparecer los cánones habituales, como dormir de noche y almorzar al mediodía, tus horarios se modificaron...

—Se preveía que iba a suceder eso, pero no ocurrió. Hasta la última jornada, mis días y mis horas coincidían (según me revelaron mis compañeros al salir) con los de la superficie. Al acostarme, yo estimaba que eran las 9 ó 10 de la noche, y en realidad eran las 6 ó 7 de la tarde. Pero luego "recuperaba" tiempo al dormir, y al despertarme yo creía que eran las 8 de la mañana, y realmente era esa hora.

—¿Cómo organizabas tu día?

—Me despertaba, llamaba al campamento para transmitir temperatura, pulso, respiración, y después desayunaba. Hacía gimnasia, y pintaba unas máscaras por indicación del equipo psiquiátrico, que ahora las está estudiando. Escribía en mi diario todos mis sueños, impresiones y sensaciones, y luego almorzaba (mis almuerzos eran muy "energéticos", ya que tenía que luchar contra el frío. Allí abajo la temperatura es de 5° centígrados, invariable, y la humedad es casi del 100%, también invariable). Por la tarde, mi actividad era



"Llegué a sentir que el tiempo era un invento de la civilización y que yo estaba fuera de ella lejos de la cultura y de la sociedad humana"

enteramente intelectual: leía o escribía, hasta sentirme cansado. Luego cenaba, llamaba al campamento, pasaba un escueto parte diario, y me iba a dormir.

—Cuando te bajaban la comida estabas en contacto con gente. ¿No desvirtúa eso el propósito de aislamiento en soledad total?



Parte del equipo científico al cabo de los 15 días de aislamiento. De izquierda a derecha: Juan Carlos Milillo, Carlos Collazo (médico psiquiatra), Julio Goyén Aguado (presidente del C.A.E.), Carlos Benedetto, Oscar Müller (médico cirujano) y Sebastián Frías (bioquímico)

—No me bajaban comida. Yo tenía una provisión de alimentos para quince días, y debía cocinar y atender a todas mis necesidades corporales. Si se me terminaba el agua, lo informaba al campamento, y durante mis horas de sueño me dejaban un bidón lleno. Yo no debía conversar con nadie.

—¿Cómo te sentiste al regresar a la superficie?

—Mucha emoción al volver a ver a mis compañeros. Pero no tuve shocks, ni nada de eso. Sentía, eso sí, que los quince días que acababan de transcurrir habían sido "guardados" de inmediato entre paréntesis. Eso aún persiste.

El día N° 15 debía venir el bioquímico a extraerme sangre con intervalos de cuatro horas (para medir las variaciones del ritmo circadiano), y cuando vino por primera vez yo tenía la secreta ilusión de que regresaría con él a la superficie. Pero Frías y quienes lo acompañaban se volvieron sin mí, y eso me angustió mucho. Luego recapacité y recordé que faltaban dos extracciones más y me tranquilicé. Cuando vinieron por tercera vez, Goyén Aguado me dijo: "Benedetto, se terminó todo; ¿qué hora y qué día es para usted?". Yo le contesté: "Son las dos de la mañana del 2 de mayo de 1981". En realidad, eran las 20.30 horas del 1° de mayo. Mi ansiedad me había llevado a apresurar mis horarios, y el desfase de tiempo en la totalidad de la experiencia fue de menos de seis horas.

—¿Volverías a hacerlo?

—Sí. De hecho me ofrecí como voluntario —Juan Carlos también lo hizo, al igual que Gustavo Cavallo— para la próxima experiencia, que será de 30 días.

—¿Cuándo va a ser éso?

—No lo sabemos aún. Todavía tenemos que evaluar los resultados de esta experiencia. El equipo psiquiátrico tiene material en pinturas y escritos, y los bioquímicos tienen mi orina y mi sangre. Y hay muchas cosas que discutir y arreglar sobre cuestiones logísticas. Si dependiera sólo del deseo, quizás lo intentaríamos el año próximo. Pero eso depende de muchos otros factores, no sólo de la voluntad.

—¿La permanencia de 15 días bajo tierra constituye un récord?

—En el mundo no; ya les comenté que Siffré permaneció 205 días en aislamiento. Dentro de la Argentina sí, al menos en lo que a aislamiento en cavernas respecta.

—Entonces, ¿tenés el récord nacional?

—Eso no es lo que importa. Un récord es criterio deportivo, y nuestras intenciones son científicas. Pero si de éso se tratara, el mérito es del C. A. E. El verdadero récord consiste en que un grupo de investigadores se haya decidido a aplicar una metodología científica enteramente argentina, a un esfuerzo para que el país tenga su propio e independiente desenvolvimiento científico con vistas al futuro. Los voluntarios fuimos sólo conejillos de Indias.

—¿Lo entienden todos así en tu grupo?

—Sí, por supuesto. Somos, fundamentalmente un grupo de amigos, y sabemos que todo lo que hagamos no es en provecho de ninguno en particular sino del país.